Imprimir

“De Beirut a Teherán, una revolución que no muere”, coreaba la gente en las calles de Beirut durante una oleada de protestas contra los políticos corruptos del Líbano en octubre de 2019. Era pegadizo, rimaba en árabe y era la expresión de un nuevo y sorprendente sentido de la solidaridad entre los miembros de una generación joven conectada a través de las fronteras. Los manifestantes no cantaban en apoyo de la revolución que convirtió a Irán en una teocracia en 1979, sino contra una República Islámica que oprime a su pueblo en casa y ejerce el poder más allá de sus fronteras. Señalaban a un gobierno extranjero que mantiene sistemas políticos disfuncionales en otros países para poder manipularlos en su beneficio y que despliega milicias por delegación que ejercen la violencia desde Bagdad hasta Beirut contra quienes se levantan en oposición a la oscura visión del mundo de Teherán. Las protestas en Líbano, que sólo se centraron parcialmente en Irán, tuvieron lugar justo cuando los iraquíes marchaban por las calles de su país, protestando abiertamente contra el dominio de Irán sobre su política, su economía y su establecimiento clerical. Mientras tanto, los iraníes, enfadados por el aumento de los precios de los combustibles, cantaban “Muerte al dictador” y prendían fuego a decenas de lugares del gobierno.

Esta explosión de ira, a nivel nacional y regional, fue uno de los retos más complejos a los que tuvo que enfrentarse Irán desde 1979. La represión brutal y letal acabó con algunos de los manifestantes; en marzo de 2020, la pandemia envió al resto a casa.

Los manifestantes están de vuelta en las calles de todo Irán, retomando lo que dejaron hace dos años, ya que sus vidas y perspectivas se han deteriorado en el ínterin. Y al igual que en 2019, estamos siendo testigos de expresiones de solidaridad en todo Oriente Medio, donde muchos, impresionados por el valor de las mujeres iraníes en particular, están animando a los manifestantes.

Pero desde 2019, las competencias domésticas y regionales de la República Islámica han recibido un golpe, y su mano en el juego regional ha empeorado. Ahora, desde Bagdad hasta Beirut, quienes se oponen a Teherán están explorando la posibilidad de que las protestas ayuden a debilitar el control de Irán sobre lo que considera sus bases de defensa avanzadas:

Líbano, Irak, Siria y, hasta cierto punto, Yemen. Hasta ahora, en todos estos países, nadie ha encontrado un mecanismo local para superar a Irán: sólo puede venir como resultado de los cambios en Teherán.

El activista de la oposición siria en el exilio Yassin al-Haj Saleh tuiteó recientemente que la "caída del régimen de los mulás [sería] la mejor noticia. Apoyar [el levantamiento iraní] es un deber". Desde 2013, Irán ha estado profundamente involucrado en Siria, tanto militar como financieramente. Ha apoyado al presidente sirio Bashar al-Assad, cuyos esfuerzos por aplastar un levantamiento civil contra su gobierno descendieron rápidamente a una guerra total.

Las revoluciones son difíciles de leer y sus puntos de inflexión difíciles de anticipar. Quién o qué sustituye a un dictador es también un juego de adivinanzas, por lo que el consenso regional o internacional suele decantarse por el statu quo. Y mientras observamos las protestas en Irán, lo mejor es no caer en demasiadas ilusiones sobre la posible desaparición de una República Islámica que ha demostrado repetidamente su astucia y su voluntad de utilizar la fuerza mortal para mantenerse en el poder.

Sin embargo, hay algo que parece que se está deshaciendo, como si el proyecto de la República Islámica se estuviera agotando y la ola negra desatada por la revolución de 1979 estuviera menguando, agotada por las protestas recurrentes, que se acumulan unas sobre otras desde 2009, y que han alcanzado nuevas cotas desde 2017. Irán se encuentra en un estado constante de ebullición: cientos de protestas tienen lugar en todo el país de forma regular, aunque no todas sean noticia. Los repetidos desafíos a las ambiciones hegemónicas de Irán a lo largo de su periferia tampoco tienen precedentes.

El último estallido de rabia comenzó el 16 de septiembre, desencadenado por la muerte de la estudiante kurda iraní Mahsa Amini, de 22 años, que fue metida en un furgón de la policía de la moralidad, supuestamente por llevar pantalones ajustados. Los testigos afirman que fue golpeada violentamente en el furgón y que posteriormente se desplomó en un centro penitenciario, antes de ser trasladada a un hospital donde murió tres días después. Las

protestas, protagonizadas en un primer momento por mujeres y centradas en el fin del uso obligatorio del pañuelo, se han transformado en una revuelta nacional, que ha reunido a hombres y mujeres, trabajadores y personalidades, que han coreado en los campus universitarios y bailado en las calles, y que han quemado hijabs en público en pequeños pueblos y grandes ciudades

Desde Beirut hasta el noreste de Siria y hasta Kabul, las mujeres, incluidas las que se cubren el pelo por elección, han salido en apoyo de las mujeres iraníes que rechazan el hiyab impuesto desde 1983 por ley en la República Islámica. Se han cortado el pelo delante de las cámaras al igual que las mujeres iraníes y han coreado los mismos lemas que en las calles de Irán: Zan, zendegi, azadi ("Mujeres, vida, libertad"). Pero todas estas protestas son mucho más que un trozo de tela: se dirigen a uno de los pilares de la revolución islámica y reflejan la lucha por la identidad y el futuro de Irán, y para los que están fuera de Irán, se hacen eco de las quejas expresadas durante las protestas que estallaron en todo el eje de miseria de Irán en 2019.

Las protestas de ese año comenzaron en Irak, luego se extendieron a Líbano y a Irán. Los manifestantes marcharon contra la corrupción, el desempleo y una sensación general de desesperación y opresión. En cada país, había quejas específicas impulsadas por las dinámicas locales: una clase económica corrupta en Líbano que vaciaba las arcas del Estado; una gerontocracia religiosa opresiva en Irán que gobernaba el país como si todavía fuera 1979; y en Irak, una mayoría chiíta que protestaba contra un Estado corrupto que apenas funcionaba, asediado por las milicias chiítas proiraníes, todavía incapaz de construirse a sí mismo casi dos décadas después de la invasión estadounidense. Tanto en Irak como en Líbano, también hubo un rechazo específico al sectarismo, herramienta favorita de Irán (y hasta hace poco de Arabia Saudí) para aglutinar a las masas. La participación de los chiítas, aunque en número limitado, en las protestas del Líbano contra Hezbolá, puso al grupo militante chiíta y a Irán en la cuerda floja.

La reacción en todas partes fue rápida. En Irak, las protestas fueron brutalmente sofocadas por las milicias chiítas subsidiarias de Irán, que responden a Qassem Soleimani, el notorio

líder de la Fuerza Quds del Cuerpo de la Guardia Revolucionaria Islámica de Irán. Mataron a más de 500 manifestantes. Las manifestaciones en Irán también fueron reprimidas violentamente, con más de 1.000 muertos, según funcionarios iraníes de la época. En el Líbano, donde las protestas eran multisectarias, el uso de la violencia fue más limitado, pero igualmente eficaz; el movimiento quedó en suspenso por la llegada de la pandemia, y luego murió por agotamiento en un país que se hunde.

Aunque no haya perspectivas inmediatas de que se reanuden las protestas en el Líbano, los oponentes de Hezbolá en el sistema político estarán observando de cerca los acontecimientos en Irán para evaluar las oportunidades de hacer concesiones. En Irak, el clérigo incendiario Muqtada al-Sadr sigue rebelándose contra la injerencia iraní en los asuntos políticos del país. Esto incluye la obstrucción por parte de Irán de la capacidad de Sadr para formar un gobierno después de que él y sus aliados derrotaran a los partidos proiraníes en las urnas en octubre de 2021. Los partidarios de Sadr salieron a la calle en agosto, llevando al país al borde de la guerra civil. El 1 de octubre se celebró una jornada de protestas en todo el país para conmemorar las protestas de 2019 y exigir justicia para los asesinados.

Todo esto se desarrolla mientras los opositores a la República Islámica, dentro y fuera, saben perfectamente que varios acontecimientos clave de los últimos dos años dificultarán la capacidad de Irán para navegar en este próximo periodo. Encabezando la lista está el asesinato de Soleimani en un ataque estadounidense ordenado por el presidente Donald Trump en enero de 2020. Soleimani era el cerebro de la influencia regional de Irán; infundía miedo y respeto, y conocía personalmente a todos los actores. A lo largo de sus años de carrera, supervisó batallas militares, jugó a ser el artífice de la política de otros países y ordenó disparar a los manifestantes. Su sustituto, el general de brigada Esmail Ghaani, no tiene nada de su carisma, sus contactos personales ni su astucia.

La crisis de competencia de Irán (que también se extiende a su tambaleante presidente, Ebrahim Raisi) podría resultar problemática en Siria, donde Assad podría sentirse expuesto si Rusia no puede mantener su apoyo militar hacia él mientras Irán se ve obligado a sofocar las

protestas en su país. Mientras tanto, la cuestión más apremiante en la mente del enfermo líder supremo iraní, Alí Jameini, de 83 años, es garantizar una sucesión sin problemas y la supervivencia no sólo de la República Islámica, sino de su tendencia de línea ultra dura, que él mismo ha alimentado. Hace dos semanas se rumoreó que Jamenei se estaba muriendo, pero reapareció para dar un discurso. Sin embargo, no se le ha visto desde el inicio de las protestas. Los cambios regionales que vieron a los países del Golfo firmar formalmente tratados de paz o aumentar informalmente su cooperación en materia de seguridad con Israel presentan otro dolor de cabeza estratégico para Irán. Y, por último, con la marcha de Trump, los esfuerzos de la administración Biden por entablar negociaciones nucleares con Irán han dejado a este país de nuevo frente a un bando occidental unido, que culpa a Teherán de la falta de progreso en las conversaciones.

Pero Irán también ha aprendido algunas cosas a lo largo de la última década, mientras veía cómo se desarrollaban los levantamientos árabes. Está el ejemplo de Siria, donde la incapacidad de Assad para ofrecer incluso modestas reformas galvanizó aún más a los manifestantes. Cuando el régimen desató la violencia contra ellos, muchos tomaron las armas, se formaron grupos rebeldes y el régimen adoptó una política de tierra quemada. Una década de guerra después, la pírrica victoria de Assad le ha dejado gobernando sobre un montón de escombros.

Luego está el ejemplo de Egipto, donde, en un esfuerzo por salvar el “Estado profundo”, el estamento militar decidió que lo mejor era que el presidente Hosni Mubarak se retirara rápidamente ante los cientos de miles de manifestantes que abarrotaban las calles. Mubarak desapareció en tres semanas, cediendo el poder al ejército. Tras un breve paréntesis en el que Mohamed Morsi, una figura destacada de la Hermandad Musulmana, fue elegido democráticamente como presidente, los militares intervinieron de nuevo para destituir a Morsi, en un golpe dirigido por el Comandante en Jefe Abdel Fattah el-Sisi, que se convirtió entonces en presidente.

Me temo que el resultado en Irán podría parecerse al de Siria, pero lo más probable es que el Cuerpo de la Guardia Revolucionaria Islámica intente utilizar el libro de jugadas de Egipto y

salve el edificio del Estado -suave en religión y duro en represión-. Sea cual sea el desarrollo de las próximas semanas y meses en Irán, las repercusiones se extenderán más allá de sus fronteras.

Kim Ghattas, es escritora en The Atlantic, miembro de Carnegie Endowment for International Peace, y la autora de Black Wave (2020, Henry Holt & Company)
Fuente: https://sinpermiso.info/textos/toda-una-generacion-protesta-contra-el-regimen-irani
Foto tomada de:
https://sinpermiso.info/textos/toda-una-generacion-protesta-contra-el-regimen-irani